



LA EDAD DE ORO

63.—Creso

en poder de Ciro.

Los persas, dueños de Sardes, se apoderaron también de la persona de Creso, que habiendo reinado catorce años y sufrido catorce días de sitio, acabó puntualmente, según el doble sentido del oráculo, con un grande imperio, pero acabó con el suyo. Ciro, luego que se lo presentaron, hizo levantar una grande pira, y mandó que le pusiesen encima de ella cargado de prisiones, y a su lado catorce mancebos lidios, ya fuese con ánimo de sacrificarle a alguno de los dioses como primicias de su botín, ya para concluir algún voto ofrecido, o quizá habiendo oído decir que Creso era muy religioso, quería probar si alguna deidad le libertaba de ser quemado vivo: de Creso cuentan que, viéndose sobre la pira, todo el horror de su situación no pudo impedir que le viniese a la memoria el dicho de Solón, que parecía ser para él un aviso del cielo, de que nadie de los mortales en vida era feliz. Lo mismo fué asaltarle este pensamiento, que como si volviera de un largo desmayo exclamó por tres veces:—*Oh Solón!* con un profundo suspiro. Oyéndolo el rey de Persia, mandó a los intérpretes le preguntasen quién era aquel a quien invocaba. Pero él no desplegó sus labios, hasta que forzado a responder, dijo:—«Es aquel que yo deseara tratasen todos los soberanos de la tierra, más bien que poseer inmensos tesoros». Y como con estas expresiones vagas no satisficiera a los intérpretes, le volvieron a preguntar, y él, viéndose apretado por las voces y alboroto de los circunstantes, les dijo: que un tiempo el ateniense Solón había venido a Sardes, y después de haber contemplado toda su opulencia, sin hacer caso de ella le manifestó cuanto le estaba pasando, y le dijo cosas que no sólo interesaban a él sino a todo el género humano, y muy particularmente a aquellos que se consideran felices. Entre tanto la pira, prendida la llama en sus extremidades, comenzaba a arder; pero Ciro luego que oyó a los intérpretes el discurso de Creso, al punto mudó de resolución, reflexionando ser hombre mortal, y no deber por lo mismo entregar a las llamas a otro hombre, poco antes igual suyo en grandeza y prosperidad. Temió también la venganza divina y la facilidad con que las cosas humanas se mudan y trastornan. Poseído de estas ideas, manda inmediatamente apagar el fuego y bajar a Creso de la hoguera y a los que con él estaban; pero todo en vano, pues por más que lo procuraban, no podían vencer la furia de las llamas.

Entonces Creso, según refieren los lidios, viendo mudado en su favor el ánimo de Ciro, y a todos los presentes haciendo inútiles esfuerzos para extinguir el incendio, invocó en alta voz al dios Apolo, pidiéndole que si alguna de sus ofrendas le había sido agradable, le socorriese en aquel apuro y le libertase del desastrado fin que le amenazaba. Apenas hizo llorando esta súplica, cuando a pesar de hallarse el cielo sereno y claro, se aglomeraron de repente nubes, y despidieron una lluvia copiosísima que dejó apagada la hoguera. Persuadido Ciro por este prodigio de cuán amigo de los dioses era Creso, y cuán bueno su carácter, hizo que le bajasen de la pira, y luego le preguntó:—«Dime, Creso, ¿quién te indujo a emprender una expedición contra mis Estados, convirtiéndote de amigo en contrario mío?—Esto lo hice, señor, respondió Creso, impelido de la fortuna, que se te muestra favorable y a mí adversa. De todo tiene la culpa el

dios de los griegos, que me aluciné con esperanzas halagüeñas; porque, ¿quién hay tan necio que prefiera sin motivo la guerra a las dulzuras de la paz? En esta los hijos dan sepultura a sus padres, y en aquella son los padres quienes la dan a sus hijos. Pero todo debe haber sucedido porque algún numen así lo quiso».

Libre Creso de prisiones, le mandó Ciro sentar a su lado, y le dió muestras del aprecio que hacía de su persona, mirándole él mismo y los de su comitiva con pasmo y admiración.

HERODOTO.

(Los Nueve Libros de la Historia).

64.—La molinera

Por la senda llana, los dos, tras, tras, tras, van un rucio y una viejecica errante: van los dos ligeros, dale que le das, antes que anochezca, mudos; tras, tras, tras, detrás la viejuca y el rucio delante.

Tras, tras... La viejuca va para el molino: ochenta años cuenta, ¡bien cumplido estol! y está alegre, en este goce matutino, tras, tras, y es tan fresca como el blanco lino puesto en las mañanas a secarse al sol.

Va sin cabezada, en libertad franca el rucio lustroso de parda color; no le herraron nunca, nunca usó retranca: y tras, tras, le aguija la viejuca blanca con un verde tallo de retama en flor.

Viendo a esta viejuca corcovada y lenta, tras, tras, ¡qué recuerdos de antigua quietud! mi abuelica ciega se me representa: yo era de seis años, ella era de ochenta; quien me hizo la cuna, le hizo el ataúd.

Y tras, tras, tú sigues, lindo borriquito... ¡Para mis rapazas traédmelo aquí! Nada más gracioso, nada más bonito: cuando fué la Virgen camino de Egipto, a lomos iría de un borrico así.

Tras, tras, ¡es ya tarde, molinera santa! Nacen las estrellas, clara muchedumbre... Tras, tras... que mañana, cuando el gallo canta, madre molinera, corre y se levanta, a vestir los nietos y encender la lumbre.

Tras, tras, y el pollino que se pavonea, ¡cómo trisca, al logro del camino llano! ganas me dan, viendo su humilde ralea, de irme a la parroquia blanca de la aldea, para bautizarlo y hacerlo cristiano.

Tras, tras, tras y la molinera abuela va toda empolvada, como a un festival: porque la empolvaron la cara y la tela,